

«Se trata de una edición rigurosa y fiel a las primeras impresiones, con notas concisas y sobrias y de acuerdo con un criterio científico irreprochable». Con respecto a las biografías, destaca la escrita por otro novelista y menospreciada por la crítica erudita: es el *Cervantes* de Sebastián Juan Arbó, aparecido en 1945. En el océano bibliográfico que rodea al *Quijote* es sugestivo leer, en la pluma de un sabio de la materia, el siguiente juicio: «El centenario (de 1905) suscitó también el libro más original y bello que se ha escrito en torno del *Quijote: La vida de don Quijote y Sancho* de Miguel de Unamuno».

Libro de ponderada erudición, inteligente y ameno, *Para leer a Cervantes* es el mejor testimonio de una pasión indomable por interpretar críticamente los clásicos, por hacerlos transparentes a la lectura contemporánea. Si —tal y como Riquer documenta— la casa de Cervantes en Barcelona en el verano de 1610 era un magnífico observatorio «para lo que narró en *Las dos doncellas* y en los capítulos LXI a LXIV de la segunda parte del *Quijote*», el presente libro es un indispensable guardarraíl para la lectura de la novela que ampara todas las novelas.

Adolfo Sotelo Vázquez

El nazismo sigue resonando*

Han pasado setenta años desde que en 1933 Hitler fue votado por más de trece millones de alemanes, hecho decisivo para el triunfo del nazismo. Hoy el tema sigue siendo importante material de trabajo para historiadores, sociólogos y escritores, y sus resultados continúan ocupando un lugar preferente en las librerías: los ecos del nazismo y de la Guerra de Hitler siguen resonando, y es probable que continuarán haciéndolo de maneras que tal vez hoy ni podemos imaginar.

De los diversos libros publicados últimamente en España, he seleccionado para comentar tres: *Hitler y Churchill*, de Andrew Roberts, historiador profesional y Premio Wolfson de Historia; la biografía de Himmler, de Meter Padfield, conocido biógrafo e historiador, y *No sólo Hitler*, de Robert Gellately, que ocupa la cátedra Strassler de Historia del Holocausto, del Departamento de Historia de la Clark University (Estados

* *Hitler y Churchill. Los secretos del liderazgo*, Andrew Roberts, traductor Amando Diéguez Rodríguez, Taurus Historia, Madrid, 309 pp.; Himmler. El líder de las SS y la Gestapo, Meter Padfield, traductora Ana Mendoza, La Esfera de los Libros, Madrid, 840 pp.; No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso, Robert Gellately, traductor Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona, 437 pp.

Unidos). Pienso que los tres son trabajos especialmente interesantes por su forma de tratar tan complejo y conocido-desconocido macrotema.

Los secretos del liderazgo

El propósito de este libro es examinar cómo dos personajes completamente opuestos esgrimieron, cada uno a su modo, ese léxico básico, a fin de obtener el premio que, como ambos sabían, sólo uno de los dos podía lograr: la victoria en la Segunda Guerra Mundial.

Andrew Roberts piensa que necesitamos comprender los mecanismos del liderazgo: cómo se emplea éste o, a menudo, cómo se abusa de él. Hace falta que sepamos qué convierte a una persona en un buen líder, pero también la manera de desvelar todos esos ardidés que los presuntos líderes utilizan para ganarse nuestro apoyo y confianza. «Es preciso también –insiste– que sepamos identificar a los «führers» del futuro, porque hay algo de lo que sí podemos estar seguros: la próxima vez no se anunciarán de manera tan ostensible, con brazalete y botas altas».

Para conseguir el objetivo de su trabajo, el historiador va dando respuesta a preguntas que considera claves: ¿En qué consiste el liderazgo? ¿Cuáles son los secretos que hacen que una sola persona pueda dirigir a millones de seguidores, a

veces a la salvación y otras a la destrucción? ¿Es innato el liderazgo, o se aprende? Sobre todo, ¿existen técnicas para liderar al resto que se puedan aplicar cualquiera que sea el mensaje del líder? La biografía paralela que comentamos analiza la distinta forma en que ambos líderes planificaron y ejecutaron su estrategia militar en un enfrentamiento a muerte desde 1940 a 1945. Roberts los contrapone en varias dimensiones: la creación del mito nacional; sus capacidades como oradores y escritores; su carisma ante sus conciudadanos; su actitud hacia los medios de comunicación; su relación con sus asesores; y sus capacidades de autocrítica y rectificación.

Aunque es imposible imaginar dos hombres más distintos que Hitler y Churchill, este trabajo demuestra que como líderes tenían mucho más en común de lo que en principio cabe suponer. El atributo clave que ambos compartían era esa tenacidad casi sobrehumana que mantuvieron durante sus largos años de adversidad y fracaso. Otro punto que tenían en común era que ambos se aferraban sin pestañear a sus convicciones. La principal entre ellas era la de creerse elegidos de la Providencia y que tenían la misión de salvar su país.

Churchill redactó un estudio sobre Moisés que no debió de dejar a los lectores duda alguna acerca de quién, en su opinión, debía guiar al pueblo británico hasta la Tierra Pro-

metida. Por su parte, Hitler, en el verano de 1937 se creía ya infalible. «Cuando recuerdo los cinco últimos años –declaró–, puedo decir: esto ha sido obra de la mano del hombre únicamente». Ambos personajes compartían la misma tenacidad y fe indeclinable en su misión, pese a lo que otros pudieran decir de ellos, y que en gran parte fue esto lo que les permitió ganar muchos seguidores cuando las circunstancias políticas cambiaron. No podemos olvidar que ambos habían fracasado, Hitler en los años veinte, Churchill en los treinta. El autor se pregunta, ¿cómo fue posible que uno y otro se convirtieran en líderes de sus respectivos países tan poco tiempo después? La respuesta es que tanto Hitler como Churchill ganaron partidarios gracias a una visión a la que ambos se habían aferrado sin vacilar. Esa visión, que es la clave del verdadero liderazgo, resulta particularmente poderosa cuando los líderes saben mantenerla en la adversidad, como ellos hicieron. Los líderes ofrecen así a los ciudadanos un objetivo común con el que pueden identificarse sin reservas.

Además de estos paralelismos, Andrew Roberts descubre grandes diferencias entre los dos personajes de su estudio. «Mientras que Churchill –escribe– no llegó a proyectar jamás un gran carisma, Hitler lo irradiaba». Es cierto que Churchill tenía una personalidad arrolladora que muchos podrían tomar por

carisma, pero el carisma es otra cosa. El liderazgo carismático se basa en las cualidades casi místicas que los partidarios de un líder le confieren. Esta forma de poder no está arraigada en ninguna tradición ni se basa en una autoridad institucional; no reconoce constitución alguna y se aparta por completo de lo que puede ser el poder de un presidente elegido en el marco de una democracia. Nadie pretendió dar a Churchill poderes dictatoriales de por vida, algo que sí se concedió a Hitler. Churchill es el arquetipo de un líder inspirador, pero nadie le creía sobrehumano, etéreo o le consideraba en el plano distinto al resto de la humanidad. Una observación importante me parece la de resaltar el hecho de que Hitler tuvo mucho más poder sobre la imaginación y la psique de los alemanes del que Churchill pudo tener sobre los británicos. El primero ató a su carro de guerra dos de las más poderosas y perniciosas emociones del hombre: la envidia y el resentimiento; y ambas le permitieron recorrer un camino sorprendentemente largo. Por el contrario, ni la envidia, ni el resentimiento formaban parte del bagaje psicológico del segundo. A Roberts también le resulta fascinante comprobar la evolución que a lo largo de la guerra experimentaron los estilos de liderazgo de sus dos personajes: mientras Churchill interfería cada vez menos en el curso diario de las operaciones

militares –dice–, Hitler se inmiscuía cada vez más en los pequeños detalles operativos. Esto se debió, en gran medida, a que las victorias del ejército alemán en los dos primeros años de guerra hicieron que su líder se creyera un genio militar infalible, mientras que las derrotas británicas recordaron a su primer ministro que él no lo era. Sin embargo, este último supo reconocer sus errores y aprender de los mismos.

Es cierto que cuando los acontecimientos se volvieron contra él, Churchill no vaciló en asumir su parte de culpa. Hitler, por el contrario, no se sintió culpable en ningún momento y culpaba constantemente a los demás cuando la guerra comenzó a tornarse en su contra. La diferencia fundamental que hay entre la técnica de liderazgo hitleriana y la churchilliana –carismática la primera y genuinamente inspiradora la segunda– es uno de los temas centrales de este libro; un trabajo serio, ameno y repleto de connotaciones actuales, porque personajes carismáticos e inspiradores han surgido, surgen y seguirán surgiendo a lo largo de la historia, y es importante, y hasta vital, el saber distinguirlos.

El líder de las SS y la Gestapo

Himmler consta de más de 800 páginas muy intensas y llenas de un contenido espeluznante. Meter Pad-

field cala en el personaje pero también lo hace en todo el ambiente que le rodea. De hecho, la personalidad de su biografiado no se entendería así de bien sin conocer a fondo el entorno: su *Führer*, el nazismo, su racismo y todos sus extremismos que desembocaron en una terrible guerra. El autor afirma que su exhaustivo trabajo sólo se completará con la participación activa del lector, por eso escribe: «Usted es quien debe juzgar qué tipo de hombre era el líder de las SS. Usted es quien tiene que decir si su vida significa algo para nosotros. Por mi parte, he intentado contar la historia de forma directa y utilizar palabras precisas».

Himmler nació en el otoño de 1900. El autor narra, con todo lujo de detalles, su ambiente familiar y cómo transcurrieron su infancia y adolescencia; su educación, sus amigos, sus veraneos, y hasta sus navidades, para concluir que hacia mediados de 1920, cuando aún no había cumplido los veinte años, ya estaban en su cabeza la mayor parte de las ideas que caracterizarían su posterior visión del mundo: el estereotipo del judío, el vínculo existente entre la judería y la masonería mundial y los planes que ambas tenían para subyugar el mundo, la necesidad de un movimiento que les devolviera a la tierra, de donde derivara el vigor de la raza, los atractivos espacios de la Europa oriental donde se podía lograr esto,